Recorrido con judiciales
La movida está en la calle

ALEJANDRO CABALLERO

Amrillo pálido, esposado, con una playera blanca desgastada, guanga, y un pantalón de mezclilla azul, casi gris, apenas asomaba la cara por una de las ventanillas traseras de la patrulla.

-Bájenlo y tráiganlo para acá -ordenó de pronto un oficial de Protección y Vialidad desde el patio trasero de la Agencia del Ministerio Público de Tacuba.

-¿Es él? -le preguntó la misma autoridad a un judicial, quien aseguraba haber perseguido junto con su pareja a dos de los tres asaltantes de la casa de artículos fotográficos Lolis, ubicada sobre la avenida México-Tacuba.

El resultado de lo robado fueron tres cámaras fotográficas y el asesinato por impacto de bala del dueño del local.

-¿Seguro que es él? -insistió el oficial.

-No tengo la menor duda -contestó el judicial de no más de 30 años, lentes oscuros, pantalón de varios tonos verde olivo.

-Pues ya se chingó -remató el uniformado.

Contra la pared, el acusado veía frente a sí a unos seis fotógrafos y reporteros. Ellos son los que cubren la fuente policiaca, y se transportan en una ambulancia de la Cruz Roja Mexicana para llegar con prontitud a los escenarios delictivos.

-Sí, es él -insistía el judicial.

-Qué pasó, véame bien, yo estaba durmiendo en mi casa, con mi esposa, iba a llevar a los niños a la escuela -respingó, casi llorando, el presunto.

-No seas pinche mentiroso, te agarraron bañando con los calcetines puestos -empezó un uniformado.

Remató uno de los reporteros presentes: "Sí, qué casualidad que te estabas bañando con un cuchillo en la espalda".

-¿A ver? ¿Dónde está el cuchillo? -exigía un fotógrafo.

-Sí traigan el cuchillo -ordenó otro reportero a quién sabe quién.

La idea era ponérselo en las manos, que lo empuñara y tener la gráfica redonda.

-Qué pasó, yo no fui -apenas si se defendía el acusado de robo.

-Te íbamos correteando, llevabas la fusca afuera, y tú y tu cuate llevaban dos bolsas así de chonchas -estiraba las manos el judicial en un gesto amplio, para que le entendieran-. Y capaz que nos apendejamos y nos tiras -completó, en esa especie de careo a cielo abierto.

-Yo no era, véame bien -insistía, meneando la cabeza en forma negativa el esposado.

-Vimos dónde te metiste, y qué casualidad que cuando abrimos te estabas bañando -agregó el policía de civil.

-Sí, con todo y champusito -colaboraba con la versión un reportero.

La presente es una crónica, producto de tres recorridos -uno nocturno y dos diurnos- realizados por el reportero con agentes de la Policía Judicial del Distrito Federal.

-A ver, si no eras tú, ¿por qué cuando te descubrimos bañando estabas todo temblando?

-Pues cómo querían que me pusiera si llegaron con metralleta -responde el inculpado con un hilo de voz.

-Voltea pa'cá -ordenó un fotógrafo-. Así, enderézate -le dijo zangoloteándole la cara.

-¿Qué no oyes cabrón? Obedece -amenazó un uniformado.

Y allí está el acusado, medio poniéndose derecho, medio alzando la cara, medio escondiéndola, mientras le tomaban cantidad de fotos.

-Mmm, abre la boca -ordenó después otro reportero-. ¿Dónde perdiste los dientes?

-En un accidente.

-¿En un accidente? -repreguntó en tono incrédulo el reportero de nota roja, y siguió con su análisis-. Amarillita la boca, ¿motita, verdad? ¿Fumas motita, verdad? -acusó el mismo reportero que vestía pants rojo y blanco y una cachucha deportiva. Eran como las 12 del martes 31 de agosto.

-Fumo cigarro -acertó a decir el detenido.

-Eso es de motita, de motita -casi cantó, sentenció el periodista.

-¿Dónde está el cuchillo? -se acordó el fotógrafo.

-Traigan el cuchillo -pidió el oficial al vacío.

-¿A qué te dedicas? -empezó el intento de entrevista de los reporteros.

-Soy vendedor ambulante.

-Huy, pues te fue bien. Hoy ya los iban a correr -dijo con humor negro un fotógrafo regordete.

Le preguntaron su nombre, edad, y acabó la entrevista.

"Regresen a este hijo de la chingada a la patrulla antes de que le rompa su madre", dijo en tono de fastidio, amenazante, el uniformado que parecía mandar en ese patio. El cuchillo, los calcetines, nunca aparecieron.

El presunto asesino tuvo que dejar la escena.

Judiciales y policías preventivos cruzaban datos del incidente. Los judiciales los habían cercado, pero los preventivos los habían detenido.

Hablaban casi en círculo, con voz de alarma sobre "lo cabrona que está la delincuencia". De pronto apareció el hermano del asesinado. Ojos llorosos, los puños cerrados, sin decir palabra escuchó la versión oficial: "Allí tenemos a dos de los asaltantes. Están en una patrulla de atrás y ya fuimos por el tercero, por el que mató a tu hermano. Le dicen *El Loco.* En cualquier momento lo tenemos por aquí".

El hermano en desgracia apenas si movió la cabeza, como diciendo sin decir: está bien.

Llegó entonces otro *pitazo.* Se pedía apoyo desde la cercana colonia Anáhuac. "Son tres asaltantes", tradujo sus claves numéricas uno de los judiciales. Y a montarse en la patrulla. El que manejaba sacó la sirena roja y la puso sobre el cofre. Se colocó detrás de una Suburban con la leyenda Agrupamiento de Granaderos. Dos uniformados se montaron prácticamente sobre la portezuela trasera, con un pie dentro y otro fuera del vehículo, y con la metralleta apuntando hacia el cielo en uno de sus brazos.

Al paso del agudo ulular los autos se hacían a un lado. La luz roja de los semáforos dejó de existir. La prisa por llegar, el intercambio de información por onda corta tensaban el ambiente. "Estamos a dos cuadras", indicaban los judiciales. Todo pasó en un lapso que parecía de apenas segundos.

En Laguna de Términos y Lago Zirahuen fue la cita. Más de 40 patrullas concentradas en el lugar, tanto de la preventiva como de la judicial. Los primeros, todos, con metralletas; los segundos, con pistolas cortas.

Prácticamente sitiaron la zona. Se interrumpió el tránsito en dos manzanas. Todos se dirigieron hacia la puerta de una vieja vecindad. Algunos avanzaban protegiéndose entre los vehículos estacionados. Los más osados se acercaban sin mayor escudo que su arma y se asomaban a las ventanas. Traspasaron la puerta. Buscaron en los interiores.

La vecindad tenía salida por otra calle, donde también se colocaron judiciales y preventivos. Corrían para todos lados. Se abrían y cerraban portezuelas. "Así es esto, puro subir y bajar; aunque uno ya no sabe si va a volver a subir o va a volver a bajar", comentó un *judas.*

El Ford Topaz blanco, placas 613-CZV, reportado como robado y al que se tenía identificado como usado en al menos tres asaltos, estaba medio estacionado sobre Laguna de Términos, enfrente de la panificadora La Guayaba y el velatorio Villegas. Sus tres tripulantes habían sido detenidos y ya se encontraban camino a la delegación Miguel Hidalgo.

"Nos ganaron limpio", dijo un policía preventivo reconociendo el triunfo de los judiciales en el operativo. No se había disparado un solo balazo.

Los vehículos policiales se fueron retirando lentamente, uno tras otro. Los vecinos, azorados, apenas se asomaban por las puertas de los comercios o ventanas de las casas.

Una hora después, ya por la colonia Nápoles, otro *pitazo.* Presuntos asaltantes detenidos. Tres hombres, morenos, asustados, vestidos con ropa informal, se encontraban en la parte trasera de una patrulla.

Llegaron al sitio unas diez patrullas. El motivo de la detención: porte de asaltantes. Traían consigo una caña de pescar que fue confundida con un arma larga. Al darse cuenta del equívoco, el comandante de los granaderos ordenó: "Si ya se comprobó que no portan armas déjenlos en libertad".

"Está de la chingada. Ganamos un millón 400 y tenemos que pagar nuestras cosas. Yo, por ejemplo, traigo una pistola que falla cuatro de cinco impactos. Voy y pido que me la arreglen o me den otra y lo único que me contestan es que no hay, que me aguante", se queja un judicial. Añade que le ha ido bien: "Aquí se supone que hasta el año te dan patrulla, yo tengo seis meses y ya me dieron. La *movida* está en la calle", dice con orgullo. "No se nos reconoce nada, cuando estuvo al frente de la *Procu* Miguel Montes, sí pensaban en uno. Había hasta gratificaciones cuando nos iba bien en algún operativo. Ahora no hay ni palabras de estímulo", se duele otro judicial con más de 25 años de servicio. La mayoría de ellos se queja de un nuevo enemigo: los derechos humanos.

"Ahora tenemos que llegar con llores y dulces a detener a los delincuentes. Si un ratero se queja de maltrato, aunque no sea cierto, luego luego lo atienden y lo citan a uno, y si no comprueba uno lo contrario vienen las sanciones", narró otro. "Mire, ahora hasta con los ministerios públicos hay problemas. Son reojetes algunos. Mire -enseña un citatorio-. Agarré a un asaltante *infraganti,* lo detuve y lo presenté. ¿Sabe qué me preguntó el agente del MP? Que ¿dónde tenía la orden de aprehensión? Así de cabrones están. Uno ya no puede hacer su chamba", contó otro.

Otro más habló sobre su modo de operar: "Si hay operativo o llamado de auxilio y puedo, me hago pendejo. Si uno le entra y le toca por suerte agarrar asaltantes o asesinos o del delito que sea, son puras broncas porque tiene uno que estar comprobando lo que hizo y cómo lo hizo, y si por algo a uno se le va un detalle, ya tienes el problema encima".

-¿Por qué estar en esta chamba tan ingrata, donde se arriesga en serio la vida a diario, donde no están bien

pagados, donde son más las desventajas que las ventajas?

-Pues hay de dos: una, que la calle y el peligro son como un vicio; la otra que somos masoquistas, que nos gusta la mala vida -resumió un judicial.

Ese martes 31 de agosto, día de quincena, un reporte inicial de actos delictivos en el Distrito Federal resumía: Dos personas muertas y un botín cercano a los 88 mil nuevos pesos obtuvieron diversos grupos de delincuentes que asaltaron a mano armada a dos negocios, dos empresas, dos camiones repartidores y un transeúnte.

* El autor es reportero fundador de *La Jornada y* escribió el libro *Salvador Nava, las últimas batallas*